

en lo moral, en lo político y en lo teológico. La inmensa divinidad oriental se descompone allí, y pierde lo que tiene de austero y de formidable: su unidad es multitud. La divinidad era allí inmóvil; la multitud bulle aquí sin reposo. Todo era allí silencio; todo es aquí rumores, cadencias y armonías. La divinidad oriental se prolongaba por todos los tiempos, y rebotaba por todos los espacios: la gran familia divina tiene aquí su árbol genealógico, y cabe toda con anchura en la cumbre de un monte. Una eterna paz reposa en el dios del Oriente: todo es aquí, en el alcázar divino, guerra, confusión y tumulto. La unidad política pasa por las mismas vicisitudes que la unidad religiosa: aquí es un imperio cada ciudad, mientras que allí todas las muchedumbres formaban un imperio. A un dios corresponde un rey: á una república de dioses otra de ciudades. En esta multitud de ciudades y de dioses todo será desordenado y confuso: los hombres tendrán un no sé qué de heróico y de divino, y los dioses un no sé qué de terrenal y humano: los dioses darán á los hombres la comprensión de las grandes cosas y el instinto de las cosas bellas, y los hombres darán á los dioses sus discordias y sus vicios: habrá hombres de alta fama y virtud, y dioses incestuosos y adúlteros. Impresionable y nervioso, ese pueblo será grande por sus poetas y famoso por sus artistas, y se dará al mundo en espectáculo; la vida no será bella á sus ojos, sino en cuanto resplandece con los reflejos de la gloria; ni tendrá á la muerte por tremenda, sino en cuanto le siga el olvido: sensual hasta en la médula de sus huesos, no verá en la vida sino los placeres; y tendrá la muerte por dichosa, si muere entre flores. La familiaridad y el parentesco con sus dioses hará á ese pueblo vano, caprichoso, locuaz y petulante; falto de respeto á la divinidad, carecerá de gravedad en sus designios, de firmeza en sus propósitos, de consistencia en sus resoluciones. El mundo oriental se presentará á sus ojos como una region llena de

sombras, ó como un mundo poblado de estatuas: el Oriente á su vez, poniendo los ojos en su vida tan efímera, en su muerte tan temprana, en su gloria tan breve, le llamará pueblo de niños. Para el uno la grandeza está en la duración, para el otro en el movimiento. De esta manera la teología griega, y la historia griega, y el temperamento griego son una misma cosa.

Este fenómeno es visible sobre todo en la historia del pueblo romano. Sus principales dioses, de familia etrusca, por lo que tenían de dioses eran griegos, por lo que tenían de etruscos eran orientales; por lo que tenían de griegos eran muchos; por lo que tenían de orientales eran austeros y sombríos. En política como en religion, Roma es á un mismo tiempo el Oriente y el Occidente. Es una ciudad como la de Teseo, y un imperio como el de Ciro. Roma figura á Jano: en su cabeza hay dos caras, y en sus dos caras dos semblantes; el uno es el símbolo de la duración oriental, y el otro el del movimiento griego. Tan grande es su movilidad, que llega á los confines del mundo; y tan agigantada su duración, que el mundo la llama eterna. Criada por el consejo divino para preparar las vías á Aquel que habia de venir, su encargo providencial fué asimilarse todas las teologías, y dominar á todas las gentes. Obedeciendo á un llamamiento misterioso, todos los dioses suben al Capitolio romano: y pasadas las gentes con un súbito terror, derriban al suelo su cerviz todos los pueblos y todas las naciones. Todas las ciudades, unas despues de otras, se ven desamparadas de sus dioses; los dioses, unos despues de otros, se ven despojados de todos sus templos y de todas sus ciudades. Su gigantesco imperio tiene por suya la legitimidad oriental, esto es, la muchedumbre y la fuerza; y la legitimidad del Occidente, esto es, la inteligencia y la disciplina. Por eso todo lo avasalla, y nada le resiste; todo lo tritura, y nadie se queja. De la misma manera que su teología tiene al mismo tiempo

algo de diferente y algo de comun con todas las teologías, Roma tiene algo que la es propio, y mucho que la es comun con todas las ciudades vencidas por sus armas, ó deslustradas por su gloria: tiene de Esparta, la severidad; de Atenas, la cultura; de Ménfis, la pompa, y la grandeza de Babilonia y de Nínive. Para decirlo todo de una vez, el Oriente es la tésis, el Occidente su antítesis, Roma la síntesis, y el romano imperio no significa otra cosa sino que la tésis oriental y la antítesis occidental han ido á perderse y á confundirse en la síntesis romana. Descompóngase ahora en sus elementos constitutivos esa poderosa síntesis, y se observará que no es síntesis en el orden político y social, sino porque lo es tambien en el orden religioso. En los pueblos orientales como en las repúblicas griegas, y en el imperio romano como en las repúblicas griegas y en los pueblos orientales, los sistemas teológicos sirven para explicar los sistemas políticos: la teología es la luz de la historia.

La grandeza romana no podia bajar del Capitolio sino por los mismos medios que la habian servido para subir á su cumbre. Nadie podia asentar su planta en Roma, sino con el permiso de sus dioses: nadie podia escalar el Capitolio, sino derrocando antes á *Jupiter Optimo Máximo*. Los antiguos, que tenian una noticia confusa de la fuerza vital que reside en el sistema religioso, creian que ninguna ciudad podia ser vencida si antes no era abandonada por los dioses nacionales. Seguíase de aquí, en todas las guerras de ciudad á ciudad, de pueblo á pueblo y de raza á raza, una contienda espiritual y religiosa, que seguia los mismos pasos que la material y política. Los sitiados, al mismo tiempo que resistian con el hierro, volvian los ojos á sus dioses para que no los dejaran en mísero abandono. Los sitiadores, á su vez, los conjuraban al abandono de la ciudad con misteriosas imprecaciones. Desventurada la ciudad en donde resonaba tremenda aquella voz que decia: «Vuestros dioses se

van; vuestros dioses os abandonan.» El pueblo de Israel no podia ser vencido cuando Moisés levantaba las manos al Señor; y no podia vencer cuando las derribaba hácia el suelo: Moisés es la figura del género humano, proclamando en todas las edades, con diferentes fórmulas y de diferente manera, la omnipotencia de Dios y la dependencia del hombre, el poderío de la religion y la virtud de las plegarias.

Roma sucumbió, porque sus dioses sucumbieron; su imperio acabó, porque acabó su teología. De esta manera, la historia viene á poner como de relieve el gran principio que está en lo más hondo del abismo de la conciencia humana.

Roma habia dado al mundo sus césares y sus dioses. Júpiter y César Augusto se habian dividido entre sí el grande imperio de las cosas humanas y divinas. El sol, que habia visto levantarse y caer agigantados imperios, no habia visto ninguno, desde el dia de su creacion, de tan augusta majestad y de tan extraña grandeza. Todas las gentes habian recibido su yugo; hasta las mas ásperas y agrestes habian doblado sus cervices: el mundo habia depuesto las armas, la tierra guardaba silencio.

Por aquel tiempo nació, en humilde establo, de padres humildes, un niño prodigioso, en la tierra de los prodigios. Decíase de él que al tiempo de aparecer entre los hombres, habia brillado una nueva estrella en el cielo; que apenas nacido, habia sido adorado de pastores y de reyes; que espíritus angélicos habian hablado á los hombres y habian cruzado por los aires; que su nombre incomunicable y misterioso habia sido pronunciado en el principio del mundo; que los patriarcas habian aguardado su venida; que los profetas habian anunciado su reino, y que hasta las Sibilas habian cantado sus victorias. Estos extraños rumores habian llegado hasta los oídos de los servidores del César, y de aquí un vago terror y sobresalto en sus pechos. Ese sobresalto y ese vago terror pasaron sin embargo muy pronto, cuando vie-

ron que los días y las noches proseguían como siempre en perpétua rotación, y que el sol seguía iluminando como antes el horizonte romano. Y dijeron para sí los gobernadores imperiales: el César es inmortal, y los rumores que oímos, fueron rumores de gente asustadiza y ociosa. Y así pasaron treinta años: contra las preocupaciones del vulgo hay un remedio eficaz: el desprecio y el olvido.

Pero véase aquí que, pasados treinta años, la gente descontentadiza y ociosa vuelve á buscar, en nuevos y más extraños rumores, un nuevo alimento á sus ocios. El Niño se había hecho hombre: al decir de las gentes, al recibir en su cabeza las aguas del Jordan, había venido sobre él un espíritu en figura de paloma, se habían rasgado los cielos, y había resonado una voz clamando en las alturas: «Este es mi hijo muy querido.» Entre tanto el que le bautizó, hombre austero y sombrío, habitante de los desiertos y aborrecedor del género humano, clamaba á las gentes sin cesar: «Haced penitencia;» y señalando con el dedo al niño hecho hombre, daba este testimonio de él: «Este es el cordero de Dios, que quita los pecados de mundo.»—Que en todo esto había una farsa de mal género, representada por farsantes de mala especie, era cosa que para todos los *spiritus fuertes* de aquella edad no ofrecía ningún género de duda. El pueblo judío, decían, fué siempre muy dado á sortilegios y supersticiones: en las edades pasadas, y cuando volvía sus ojos oscurecidos con el llanto hácia su abandonado templo y hácia su patria perdida, esclavo del babilonio, un gran conquistador, anunciado por sus profetas, le había redimido del cautiverio, y le había devuelto á un tiempo mismo su templo y su patria: no era pues cosa extraña, sino antes muy natural, que aguardara una nueva redención y un nuevo libertador que quebrantara para siempre en su cerviz la dura cadena de Roma.

Si no hubiera habido más que esto, *las gentes despreocu-*

padas y entendidas de aquella edad hubieran dejado caer probablemente estos rumores, como hicieron con los pasados, hasta que el tiempo, ese gran ministro de la razón humana, los hubiera desvanecido por los aires; pero no sé qué hado funesto dispuso de otra manera las cosas; porque sucedió que Jesús (este era el nombre de la persona de quien se contaban tan grandes prodigios) comenzó á enseñar una nueva doctrina, y á obrar obras espantables. Su audacia ó su locura llegó á punto de llamar hipócritas y soberbios á los soberbios é hipócritas, y blanqueados sepulcros á los que eran sepulcros blanqueados. La dureza de sus entrañas fué tan grande, que aconsejó á los pobres la paciencia, y escarneciéndolos después, celebró su buena ventura. Para vengarse de los ricos que le tuvieron siempre en ménos, les dijo: «Sed misericordiosos (1).» Condenó la fornicación y el adulterio, y comió el pan de los fornicadores y adúlteros. Desdenó, tan grande era su envidia, á los doctores y á los sabios; y conversó, tan ruines eran sus pensamientos, con gentes rudas y groseras. Fué tan extremado en el orgullo, que se llamó el señor de las tierras, de los mares y de los cielos; y fué tan consumado en las artes de la hipocresía, que lavó los piés á unos pobres pescadores. A pesar de su austeridad estudiada, dijo que su doctrina era amor; condenó el trabajo en Marta, y santificó el ocio en María; estuvo en relaciones secretas con los espíritus infernales, y por precio de su alma recibió el don de los milagros (2). Las turbas le seguían, y le adoraban las muchedumbres.

(1) En las frases que siguen, en que se continúa narrando sucintamente los principales hechos de la vida de nuestro Señor Jesucristo, expone el autor con mayor amplitud el maligno y calumnioso lenguaje que usaban los hipócritas y los impíos de aquel tiempo para contar las obras del Hombre-Dios. *

(2) *Pharisæi autem dicebant: in principe demoniorum eiecit dæmones.* S. Mateo, c. 9, v. 34.—Véase además S. Lucas, cap. 11, v. 15, y S. Marcos, cap. 3, v. 3, 4, 22.

Comó se ve, á pesar de su buena voluntad, no podian permanecer por más tiempo impasibles los guardadores de las cosas santas y de las prerogativas imperiales, responsables como eran, por razon de sus oficios, de la majestad de la religion y de la paz del Imperio. Lo que les movió principalmente á salir de su reposo, fué el aviso que tuvieron de que, por una parte, una grande multitud de gentes habia estado á punto de proclamar á Jesus rey de los judíos, y por otra, se habia llamado á sí mismo Hijo de Dios, y habia intentado apartar á los pueblos del pago de los tributos.

El que tales cosas habia dicho, y el que tales obras habia obrado, era necesario que muriera *por el pueblo*. Falta- ba solo justificar estos cargos, y aclarar debidamente estos puntos. Por lo tocante á los tributos, como fuese preguntado sobre el particular, dió aquella célebre respuesta con que desconcertó á los curiosos, diciéndoles: «Dad á Dios lo que es Dios, y al César lo que es del César;» que fué tanto como decir: «Os dejo vuestro César, y os quito vuestro Júpiter.» Preguntado por Pilatos y por el gran sacerdote, ratificó su dicho, afirmando de sí, que era el Hijo de Dios; pero que no era de este mundo su reino. Entonces dijo Caifás: «este hombre es culpable y debe morir;» y Pilatos al revés: «dejad libre á este hombre, porque es inocente.»

Caifás, gran sacerdote, miraba la cuestion bajo el punto de vista religioso; Pilatos, hombre lego, miraba la cuestion bajo el punto de vista político. Pilatos no podia comprender qué tenia que ver el estado con la religion, César con Júpiter, la política con la teología; Caifás, por el contrario, pensaba que una nueva religion trastornaria el Estado, que un nuevo Dios destronaria al César, y que la cuestion política iba envuelta en la cuestion teológica. La muchedumbre pensaba instintivamente como Caifás, y en sus roncos bramidos llamaba á Pilatos enemigo de Tiberio. La cuestion quedó en este estado por entonces.

Pilatos, tipo inmortal de los jueces corrompidos, sacrificó el Justo al miedo, y entregó á Jesus á las furias populares, y creyó purificar su conciencia lavándose las manos. El Hijo de Dios subió á la cruz, lleno de vilipendios y ludibrios: allí se levantaron contra él con sus manos y con sus bocas los ricos y los pobres, los hipócritas y los soberbios, los sacerdotes y los sabios, las mujeres de mala vida y los hombres de mala conciencia, los adúlteros y los fornicadores. El Hijo espiró en la cruz pidiendo por sus verdugos, y encomendando su espíritu á su Padre.

Todo entró por un momento en reposo; pero despues viéronse cosas que aun no habian visto los ojos de los hombres: la abominacion de la desolacion en el templo; las matronas de Sion maldiciendo su fecundidad; los sepuleros hendididos, Jerusalem sin gente, sus muros por el suelo, su pueblo disperso por el mundo; el mundo en armas; las águilas de Roma dando al aire míseros alaridos; Roma sin césares y sin dioses; las ciudades despobladas, y poblados los desiertos; por gobernadores de las naciones, hombres que no saben leer, vestidos de pieles; muchedumbres obedeciendo á la voz de aquel que dijo en el Jordan: «haced penitencia,» y á la voz de aquel otro que dijo: «el que quiera ser perfecto, que deje todas las cosas, que tome su cruz y me siga;» y los reyes adorando la cruz, y la cruz levantada en todas partes.

¿Por qué tan grandes mudanzas y trastornos? ¿Por qué tan grande desolacion, y tan universal cataclismo? ¿Qué significa eso? ¿Qué sucede? Nada: que unos nuevos teólogos andan anunciando una nueva teología por el mundo.